

Rosa Azul!

Contiene

- Cuentos para niños.
- Concursos.
- Poesías.—Historietas.
- Pasatiempos.
- Colaboración infantil.
- Croniquilla.
- Cuentos y Leyendas regionales.
- Crítica y Efemérides.
- Correspondencia.



15

Céntimos.

INTERESANTE.—Véase regalo en la plana 2.^a de la cubierta.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Jardines, 15.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA.—Un año: 52 números de la Revista y el mapa 6 pesetas.

— Sels meses: 26 ídem íd. y 10 tarjetas..... 3 —

EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista y un mapa .. 12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. _____

residente en _____ provincia de _____
calle _____ número _____ cuarto _____
se suscribe á Rosa y Azul por _____ meses, y envía su im-
porte en (1) _____

de _____ de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza, sellos que no excedan de una peseta, sobre monedero ó en la forma que más le convenga.

REGALO.—Al elevar á quince céntimos el precio de ROSA Y AZUL ofrecíamos ir mejorando las condiciones de la publicación, sin decir en qué consistían las mejoras, porque nos agrada más dar que ofrecer. Algunas de las reformas ya se han introducido, y á diario recibimos cartas en que las aplauden. Hoy, deseosos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, ofrecemos como regalo un

MAGNIFICO MAPA DE ESPAÑA

estampado en una de las principales casas litográficas de Suiza. Tanto por su tamaño, 100 por 75 centímetros, como por la finura de los colores, el papel y los tipos de letra que se han empleado para la estampación, hacen del

MAPA DE ESPAÑA

un medio de instrucción para los niños y un objeto digno de figurar en todos los Colegios, Despachos y Oficinas. A todos los que se suscriban por un año, con el envío de los ejemplares haremos la remesa del mapa, debiendo remitir **25 céntimos** los que deseen recibirle certificado.

Y á fin de que el regalo llegue también á manos de los que compran ROSA Y AZUL en los puestos, insertamos un **cupón-regalo**, y haremos entrega del mapa á todo el que nos presente **52** cupones con la numeración correlativa.

Precio de venta del mapa: 3 pesetas en toda España.



ESTAMOS en pleno período de exámenes. ¡Los exámenes! Palabra fatídica para el estudiante holgazán que se pasa el curso sin abrir los libros, fiándolo todo á los últimos días. ¡Los exámenes! Palabra que llena de alegría al estudiante aplicado que aprovechó la ciencia contenida en los libros y las sabias explicaciones del maestro ó del catedrático.

Los exámenes son el resultado de un problema en que la incógnita es el proceder seguido por el estudiante. Si éste supo asimilarse lo que escuchó en la cátedra y en la escuela, ó aquello que leyó en los libros de texto, llega ante sus padres, y con las notas obtenidas, recompensa en un momento todos los sacrificios que por él hicieron durante el curso; si en lugar de asistir á clase se dedicó á «hacer novillos» ó no prestó atención á las lecciones, llega á su casa con la cabeza baja y sin atreverse á enseñar á sus padres el *suspense*, la prueba fatal de que todos los trabajos, todas las privaciones, fueron baldíos; de que el año escolar que ha terminado ha sido un paréntesis en la vida, un lapso de tiempo que ha transcurrido in-

útilmente; trabajo perdido, en una palabra. ¡Qué diferencia entre el que presenta á sus padres el *sobresaliente* y aquel otro que viene con el *suspense*!

Cuánta alegría, cuántos besos, cuántos abrazos para el primero; qué amarga decepción sufren los padres del segundo.

Si por acaso alguno de vosotros se encuentra en este último trance, no os parezcan duros los reproches que os dirijan vuestros padres, porque son muy justos; que además de lo costoso que resultan los estudios, cada año perdido representa muchos de retraso en la entrada á la lucha por la vida.

Y prometed firmemente enmendaros y aprovechar en el año próximo lo que en este hayáis perdido; que al propio tiempo que correspondéis debidamente con quienes os dieron el ser, encontraréis el beneficio de ser antes hombres útiles á la patria, á vuestros semejantes y á vosotros mismos.

¡Ya acabó el curso! Los que cambian de clase despidense de sus condiscípulos con un beso ó con un abrazo. ¿Volverán á encontrarse? ¡Quién sabe! Acaso andando el tiempo tropiecen en el camino y en condiciones de prestarse mutuos auxilios aquellos que se prestaban las plumillas, el pizarrín, ó se «apuntaban» la lección cuando no la traían bien aprendida.

No olvidéis, queridos niños, á vuestros condiscípulos, ni dejéis de visitar á los profesores, que después de Dios y los padres, es á quienes más debemos estimar, puesto que de ellos recibimos la educación.

BEBÉ.

EL CORNETILLA

I

El perro tenía su sitio en el regimiento; formaba en la banda é invariablemente iba junto al caballo del clarín adaptando su paso al del corcel; de ordinario marchaba sin distraerse y atento á las voces de mando, que ya se sabía de memoria como el mejor soldado del Cuerpo; pero solía acontecer que el can se detenía un instante, para oler al paso en el suelo cual-



quier cosa, y el potro volvía la cabeza como diciendo á su compañero: «¿En qué piensas?... Te vas á quedar atrás.....» El caballo y el perro eran muy grandes amigos; no se separaban nunca desde que un día el corneta llegó á la cuadra y exclamó, dando palmaditas en el cuello de su cabalgadura: «*Sultán*, te presento á este simpático dogo que me he encontrado, y que será en lo sucesivo nuestro camarada de fatigas». Al perro le pareció bien el caballo; se trataba de un

tordo muy noblote y guapo de verdad; al caballo le ocurrió otro tanto con el perro; le resultó un apreciable chucho, alegre, vivo y nada presuntuoso..... En seguida hicieron buenas migas, tan buenas, que el perro dormía sobre la propia paja del caballo en un rincón del pesebre, le acompañaba al abrevadero, á las maniobras y á las guardias, mordiendo en las patas á los restantes cuadrúpedos de la sección cuando se incomodaban con el tordo y querían cascarle..... El tordo vivía agradecidísimo al tuso por tan elocuentes pruebas de afecto, y se le iluminaba la mirada apenas distinguía al perro á su lado..... ¡Menudas carreras echaban por el patio del cuartel á la hora de beber el ganado!..... En suma: que se consideraban dichosos.....

Los dos coincidían en una circunstancia: en el cariño que sentían hacia su amo el corneta, bien que le pagaban en la misma moneda, porque él demostraba apreciarles mucho; con el can compartía el rancho y al potro le guardaba siempre algún mendrugo de la comida; además, todos los domingos en que el clarín se permitía el lujo de tomar café, el chucho se engullía su ración en el platillo, y para el tordo reservaba el soldado un par de

terrones de azúcar, dándoselos de vuelta de paseo cuando entraba á la cuadra á inspeccionar su cabalgadura... Era además para ellos blando y dulce; no les castigaba nunca y les acariciaba bastante... Por modo tal adorábanle ambos, y si el perro no se apartaba ni un momento de su lado, el caballo relinchaba de júbilo en cuanto le veía é íbase en pos de él, sin necesidad de que le llamara.

II

En cuanto se encendió aquella maldita guerra, salió á campaña el primero de húsaes, y se acabaron platillos de café y terrones de azúcar, comenzando las fatigas y el hambre, y concluyéndose el reposo y la tranquilidad. Diariamente andábanse leguas y leguas, viviendo siempre con el sobresalto de perder la pelleja y dándose por muy contentos corneta, perro y caballo con poder dormir un par de horas bajo el techado de un porche, que la mayor parte de las veces gracias si les era permitido tenderse sobre el musgo, sin soltar las armas ni desensillar... ¡Cómo se acordaban entonces el can y el potro de sus buenos tiempos del cuartel!... ¡Guau, guau!... ladraba el chucho... ¡Qué bien nos vendría ahora aquel pesebre tan abrigadito!... Y el tordo relinchaba en su idioma con acento de pesadumbre: ¡Ya lo creo!... También el amo hablaba con ellos y decíales acariciando el cuello al corcel y rascando la cabeza al tuso: «¡Qué flacos nos vamos quedando!...» La escasez no había amortiguado el desprendimiento del clarín para con sus animales, y á pesar de lo exiguo de su ración, concedíale al perro algún mendrugo ó arrebánadura, y aunque la administración no entregara con puntualidad los forrajes, lo que acontecía con frecuencia por los azares de la lucha, sabía él buscarse un piensecillo, conquistándose las simpatías de las patronas en lo alojamientos, y enseñándolas, á cambios

del par de puñados de cebada, á guisar la liebre de doce modos distintos, á quitar las manchas de esperma sin necesidad de plancha, á teñir la lana sin que encogiera, y otras mil habilidades por el estilo, que constituyen el arsenal inagotable de todos los veteranos..

Al principio todo fué bien. Se pasaban grandes apuros; pero el regimiento se hallaba diseminado prestando servicio de escoltas de convoyes, y sólo muy de tarde en tarde cruzaba algunos disparos con el enemigo. Pero un día se cambiaron las tornas; llegó la orden de reconcentrarse con urgencia é incorporarse al grueso del ejército; se preparaba una gran batalla; de todas partes acudían fuerzas, caballería, infantería, artillería, miles de hombres dispuestos á entrar en fuego y capaces de arrollar cuanto se les pusiera por delante con la violencia del huracán.

III

Fué una cosa horrenda, espantosa... Rompióse el fuego de cañón al rayar el alba, y trescientas piezas disparando á un tiempo ensordecieron el espacio con un tableteo formidable como de tempestad... Batallones y regimientos se pelearon contra otros regimientos y batallones, deshaciéndose las divisiones y las brigadas unas á otras sin que se decidiera el triunfo por nadie... Disputábanse ambos ejércitos la victoria con elementos equilibrados... A media tarde el enemigo recibió refuerzos numerosos y comenzó á ganar terreno... Recibió entonces orden la caballería de cargar á fondo, y allá avanzaron como un torbellino los húsaes, y entre ellos el corneta sobre su tordo y con su perro al lado... El valor de la caballería contuvo el empuje del enemigo; mientras, se efectuó la retirada... El corneta portábase como un héroe; con sin igual arrojo metíase en lo más recio de la pelea, y tan pronto tocaba frenéticamente á degüello con su clarín, como

soltaba el instrumento y sembraba la muerte en torno suyo con su sable.... Cuatro ó seis veces estuvo á punto de sucumbir, escapando ileso por milagro.... Al cabo le alcanzó un tiro en la frente y rodó por el suelo, parándose por instinto el caballo al sentirle caer.

Era el sitio por donde cargaban los húsares un llano salpicado de huertas y casitas; ante la puerta de una de ellas quedó tendido el pobre corneta; la puerta y las ventanas hallábanse cerradas á piedra y lodo; adivinábase que estaba desierta la vivienda; los dueños habían huído aterrados por la próxima batalla. La noche acababa de cerrar oscura y medrosa; poco á poco disminuía el estruendo del combate, alejándose sus rumores como una



tormenta que se va; únicamente algunos fognazos interrumpían un momento la creciente quietud y rasgaban las sombras... El corneta, amparado por casualidad del oleaje de la desbandada por el porche de la casita, permanecía tendido en tierra, sin moverse, perdido el conocimiento y perdiendo

sangre de su herida; tenía partida la frente.... Ni el caballo ni el perro le habían abandonado.... El tordo, con los ojos espantados, trémulo, arañaba el piso con la mano, relinchando de impaciencia, como diciéndole á su camarada: «¿Qué hacemos?... ¿Dejarle morir?...» Mientras el can, inclinado sobre su amo, gimiendo por lo bajo, le lamía la brecha abierta en su cráneo.... Así transcurrió el tiempo.... Cesaron todos los ruidos reveladores de la lucha.... De pronto, quizá reanimado por la frescura de la lengua del perro, el soldado volvió á la vida y se incorporó.... El perro comenzó á agitar la cola de alegría, y el caballo alargó su cabezota con singular contento.... Sacando fuerzas de flaqueza, á costa de mil trabajos, el herido se incorporó, y con su pañuelo se vendó de cualquier modo la cabeza para cortar la hemorragia.... Consiguió erguirse y levantarse.... Se sentía muy débil, pero podía sostenerse en pie.... Entonces, como si comprendiera que convenía ganar un minuto, acostóse el caballo.... El soldado, por un supremo arranque de energía, montóse sobre él, agarrándose con ansia á la silla; alzóse el tordo suavemente, y echó á andar; el can entendió y se puso en camino delante, sirviendo de guía....

A. PÉREZ NIEVA.

FUSILES Y MUÑECAS (1)

CUADRO REALISTA

JUAN y Margot, dos ángeles hermanos que embellecen mi hogar con sus cariños, se entretienen con juegos tan humanos que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado y monta en una caña endeble y hueca, besa Margot, con labios de granado, los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas, y alegres sueñan en tan dulces lazos: él, que cruza sereno entre las balas; ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata, el kepis de papel sobre la frente, alienta al niño en su inocencia grata el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles, que en este mundo, que su afán recrea, son como el suyo todos los fusiles con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen, que es igual el más débil al más fuerte, y que, si se disparan, no producen humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana! Siempre lo opuesto buscas en la tierra: ya delira Margot por ser anciana, y Juan que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar me aflijo y callo. ¿Cuál será sobre el mundo su fortuna? Sueña el niño con armas y caballo; la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego; la niña arrulla á su muñeca inerte, y mientras grita el uno: FUEGO, FUEGO, la otra murmura triste: DUERME, DUERME.

Á mi lado, ante juegos tan extraños, Concha, la primogénita, me mira. ¡Es toda una persona de seis años que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza mientras desgaja inquieta algunas flores? ¿Será la que ha heredado mi tristeza? ¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso, cuando la negra duda me avasalla,

se me cuelga del cuello, me da un beso, se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas, y oprimiendo mi mano entre sus manos, parece que medita en muchas cosas al mirar como juegan sus hermanos.

Margot, que canta en madre transformada, y arrulla á un hijo que jamás se queja, ni tiene que llorar desengañada, ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres Abriles que ya se finge apuesto caballero, no logra en sus campañas infantiles manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres! Amo tus goces, busco tus cariños. ¡Cómo han de ser los sueños de los hombres, más dulces que los sueños de los niños! ¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna turbar jamás vuestra inocente calma; no dejéis esa espada ni esa cuna: ¡cuando son de verdad matan el alma!

JUAN DE DIOS PEZA.

ACERTIJO



¿A QUÉ PERSONAJE CORRESPONDE ESTA CARICATURA?

(1) Del libro *Cantos del hogar*, publicado por la casa Herrero Hermanos, de México.



BURCOS

LOS DOS FANTASMAS (1)

I

EL alcalde hizo pregonar el bando por calles y plazas.

En cuanto oyeran tocar á rebato, todos los

Era tal espanto el de aquellas pobres gentes, que, al hacerse de noche, todo el mundo se encerraba en su casa y atrancaba las puertas.

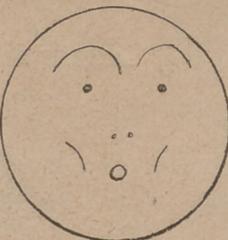
Al día siguiente, aunque nadie se había atrevido á asomarse, ni aun tras las rejas más espesas, cada cual refería á su modo lo ocurrido, asegurando los unos haber visto al fantasma brincando tejados; los otros creían haberlo sorprendido bebiendo en la fuente, y los más limitábanse á decir que, desde la cama, habían oído sus pasos y el ruido de su manto arrastrarlo por las calles.

Todo aquello llenaba de pavor y ponía los pelos de punta aun á los más valientes y decididos. Ellos no temían á hombres de carne

Estudios fisonómicos lunares, por M. Lancho.



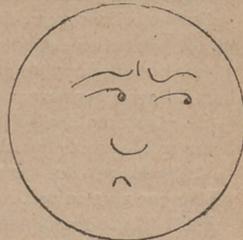
La venganza.



El terror.



La «curda».



La envidia.

vecinos debían echarse á la calle armados de escopetas, para perseguir al maldito fantasma que traía revuelto el pueblo.

Aunque nadie lo había visto, todos lo describían asustados y medrosos cual si acabaran de encontrársele.

Decían que era muy alto, todo cubierto de un blanco sudario, y en la cabeza, que asomaba por encima de los tejados, una luz verde que esparcía fúnebremente su claridad, iluminándolo de un modo pavoroso.

(1) En el número próximo *El pilluelo malagueño*. Málaga.

y hueso; pero á un aparecido del otro mundo, eso ya era otra cosa.

Sin embargo, el bando del alcalde produjo su efecto.

Si todos lo cumplían, el peligro disminuía mucho, y acaso el fantasma no tuviera poder contra tanta gente.

Esta reflexión se hacían los mozos del pueblo, examinando el cebo de sus escopetas.

A las doce de la noche se oyó el vigoroso toque de rebato.

Momentos después se habían reunido en la plaza más de cien mozos con sus armas. Allí estaba el alcalde.

—No esperaba otra cosa de vosotros— les dijo—. Sabía que acudiríais á mi llamamiento. Ahora vamos á recorrerlo todo, y el primero que vea algo, que dé la voz de alarma. No hay que disparar hasta que yo lo mande.

Silenciosos y atentos comenzaron á desfilar en grupo por las calles. La luna arrancaba fantásticos destellos de los sables desnudos y de los cañones de las carabinas. En las ventanas aparecían luces y caras soñolientas, preguntando á la ronda por el maldito fantasma. Los perros aullaban asustados.

Todo se registró. Se escalonaron centinelas en las entradas del pueblo. Se patrulló durante dos horas, y no se encontró á nadie.

II

Dos meses después, D. Martín, el dueño de la masía más rica del pueblo, acudía á contar al alcalde que había vuelto á encontrarse al fantasma de marras; pero aquella vez eran dos los que había visto.

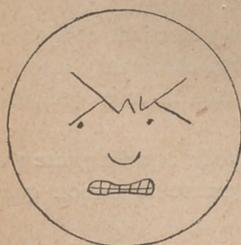
—¡Dos fantasmas!—repetía el asustado don Martín, con ojos espantados.

El alcalde, que saboreaba aún su pasado triunfo, dió un brinco en el sillón en que se hallaba sentado.

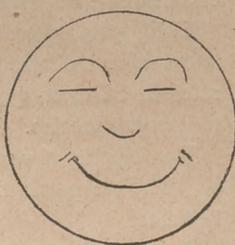
—¿Pero los ha visto usted bien?

—Ya lo creo. Era de madrugada; oí ruido en mi huerta, hacia las ventanas bajas; después llegó hasta mí el rumor de una conversación, y al asomarme vi dos bultos que co-

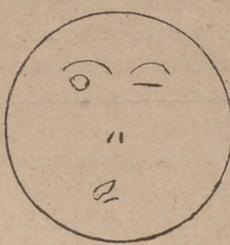
Estudios fisonómicos lunares, por M. Lancho.



La rabia.



La alegría.



Lo agrio.



Lo dulce.

El fantasma no había querido acudir.

A la noche siguiente se repitió la misma escena, y así durante veinte días, sin resultado alguno. El pueblo estaba muy contento. Nadie dudaba que el fantasma les había tomado miedo y no quería salir de su escondite.

Únicamente el hijo del boticario, uno de los mozos más traviosos del lugar, no participaba del entusiasmo de los demás, como si le molestase que el fantasma no saliera.

Transcurrió algún tiempo, y vuelta la tranquilidad al ánimo de todos, nadie se preocupó más del dichoso fantasma.

rrían, vestidos de blanco y con una luz en la cabeza.

—¿De modó que huían?

—Así me pareció.

El alcalde lanzó una carcajada.

—Tengo mi idea—dijo—. Esos fantasmas los conocemos todos. Ya verá usted.

Aquella noche el alcalde se apostó con su ronda en un puentecillo que daba acceso á la masía. Dispuso su gente á la entrada y á la salida del puente, de modo que el que pasara por allí no pudiese escapar. Advirtió que nadie se moviese hasta que él diera órdenes.

Una hora más tarde vióse avanzar dos bultos blancos, altísimos, con una luz en la cabeza.

Andaban pesadamente y sin mover ruido, como si resbalasen sobre la tierra. El espectáculo imponía.

Los más timoratos de la ronda se asustaron y comenzaron á temblar.

El alcalde les dijo en voz baja:

—Al que tenga miedo, le meto en la cárcel para toda su vida.

Después ordenó que todo el mundo se ocultase lo mejor posible.

Los dos fantasmas seguían avanzando. Vistos de cerca eran terribles; más altos que una casa.

Llegaron á la entrada del puente y les dejaron pasar; pero cuando se hallaban á la mitad, salió de su escondrijo el alcalde, y apuntándoles con la carabina, les dió la voz de alto. De ambos lados del puente salió también la ronda con las escopetas preparadas.

Los fantasmas se vieron cercados. Uno de ellos comenzó á gritar:

— Señor alcalde, que no nos hagan daño, que somos gente honrada.

Y arrojando las blancas vestiduras y unos palos con que las sujetaban, apareció el hijo del boticario. El otro fantasma no tardó en descubrirse también: era el criado del farmacéutico.

Pronto se explicó todo. El hijo del boticario tenía amores con la hija de D. Martín, á los que se oponía éste.

Meses atrás, regresaba de hablar por la reja con su novia, cuando se tropezó con un fantasma. Al principio tuvo miedo; pero creyendo que aquel maldito aparecido pudiera tramar algo contra su amada, echó mano á su revólver y le obligó á capitular. Era un ratero que, aprovechándose del miedo que infundía con aquella facha, robaba todas las noches en la huerta de D. Martín y en la de otros vecinos.

El hijo del boticario le dió una soberana paliza y le amenazó con dedicarle otra siempre que lo encontrara por allí.

El ratero no volvió más; pero comprendiendo su apaleador que vistiéndose de fantasma podría impunemente charlar con su novia, se decidió á ponerlo en práctica. Por miedo á que le ocurriera lo mismo que al ratero, hizo que le acompañase un criado vestido igual que él.

—Pues si te descuidas — le dijo el alcalde—, no es una paliza, sino un tiro lo que te ganas.

—La culpa de todo la tiene D. Martín, que no me deja hablar con su hija, siendo como soy honrado y trabajador, y ganaré mucho dinero cuando me quede con la botica de mi padre.

—Vamos, yo lo arreglaré todo — contestó el alcalde—. Seguidme.

El hijo del boticario y su criado arrojaron las sábanas con que iban cubiertos y los peroles de barro en que iban las luces que tanto espanto metían.

Don Martín, al ver toda aquella gente en su casa, no podía figurarse la misión que llevaban.

A vuelta de muchos ruegos accedió al fin, y los muchachos se casaron.

Desde entonces, siempre que algún bromista ha querido divertirse vistiéndose de fantasma, se ha ganado una paliza más tremenda que la del ratero.

Esos, como véis, son los fantasmas de que hablan algunos libros.

X. X.

MISCELÁNEA

Rosita y Pablo han salido al campo, donde ven dos hermosas vacas, la una blanca y negra la otra.

—Esa vaca blanca—pregunta Rosita—, ¿es la que produce la leche que tomamos por la mañana?

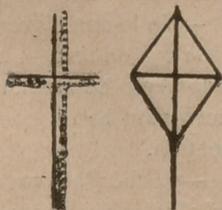
—Sí.

—Y la negra, ¿qué produce?

—El café que toma papá por las noches—contesta Pablo.

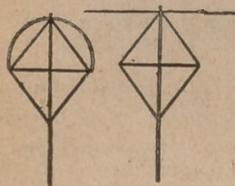
CÓMO SE CONSTRUYE UNA COMETA

SE toman dos varas de fresno, preferibles á la caña por su elasticidad y firmeza, que no tengan más de uno ó dos centímetros de diámetro; una de dos metros de largo, y de 0,90 metros la otra. Se colocan en forma de cruz (fig. 1.^a), y se las sujeta con un trozo de alambre de cobre. Hecho esto, se cogen otras cuatro varas y se



(Fig. 1.^a)

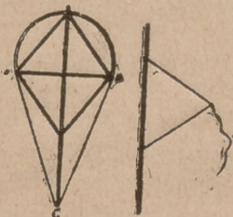
sujetan también con alambre á los extremos de la cruz, según se ve en la figura. Después se fija una última varita, lo más fina posible, de uno á otro de los brazos, sujetándola á ellos y á la parte superior de la cruz.



(Fig. 2.^a)

habéis de poner dos varitas más; con lo cual ya está completa la armadura y colocado el primer tirante. De éstos hablaremos luego.

En seguida os armáis de engrudo, de una brocha y de media docena de periódicos. Extended éstos sobre una mesa, dadlos de engrudo y colocad uno por cada lado de la armadura; dejad que se seque el engrudo y volved á pegar otros dos periódicos, y cuando éstos estén secos, los dos últimos. Y ya tenéis la armadura con traje nuevo y resistente. Pero me diréis que no es traje de etiqueta, ni siquiera está en condiciones de salir á la calle sin



(Fig. 3.^a)

temor á la autoridad municipal. Pues vamos á vestirla irreprochablemente. Engrudad dos pliegos de papel blanco y pegadlos; y mientras se secan recortad en papel de colores las figuras que mejor sepáis hacer: un elefante, un polichinela, etc.; pegadlos en la cara exterior de la cometa, y ya la tenéis con «traje de luces» (fig. 4.^a).

Ahora los tirantes, el primero de los cua-



(Fig. 4.^a)

les, ó sea el que arranca del enlace de la cruz, debe tener 40 centímetros; el otro 70. Después la cola, que debe ser de cuerda y papeles de color.

La cuerda para elevar la cometa debe ser de la llamada *retorcida*, la más resistente.

El coste de todos los componentes de este juguete no pasa de una peseta; en el bazar, suponiendo que las hubiere de igual construcción, os costaría lo menos cinco.

— — — — — Mi periódico

ROSA Y AZUL, periodiquito mío,
 ROSA ilusión semanal de mi persona!
 ROSA sobre todo periódico te abona
 SAYA menidad, que libra del hastío.
 YAZA o te envío el mejor de mis cariños
 AZUL tí, que alejas siempre de los niños
 UL nos y otros periódicos mayores
 LEO, y encuentro sólo desaliños.

CONCHITA ALONSO.



UN DIA HERMOSO

I

Qué día tan feliz, amados niños, fué aquel en que por primera vez recibí en mi pecho al Cordero celestial! ¿No es verdad que es el más dichoso?... Pero bien; mi objeto no es otro, al dedicaros estos pobres renglones, que contaros un suceso ocurrido en aquel delicioso día.

Era la víspera de nuestra primera comunión. La profesora nos había mandado reunir en el colegio para llevarnos á confesar. Entre las muchas que éramos había una bastante rica, llamada Gloria, muy altiva y orgullosa, y amiga de despreciar á sus inferiores. Tenía por blanco de sus burlas y rechiflas á Fuencisla, que, aunque muy pobre, era la antítesis completa, por lo amable y cariñosa con todo el mundo.

Nos hallábamos dispuestas á partir para la iglesia, cuando llegó Fuencisla muy sofocada, rogándonos la dispensásemos si había tardado. A su pobre mamá le había dado un ataque, y eso había sido la causa de su retraso.

Gloria la interrumpió con un gesto, y mirándola con desprecio la dijo con acento burlón:

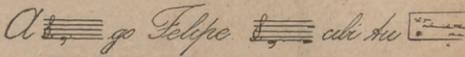
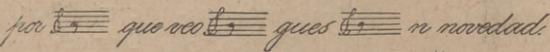
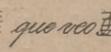
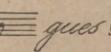
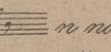
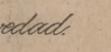
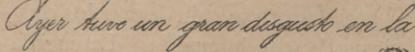
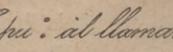
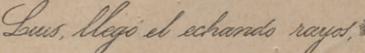
—¡Pero, chica, qué raro debe ser tu mamá! Cuidado que te trae feucha; menos mal que mañana irás más elegante.

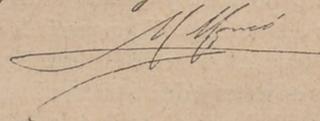
—No lo creas, querida Gloria—dijo Fuencisla con dulzura—; mañana llevaré un vestido negro de satén; mis papás no tienen dinero para hacer esos gastos, ni yo lo consentiría.

—¡Jesús! ¡Pues vas á hacer bonito contraste! ¡Todas de blanco y tú de negro! ¡Verás, verás que traje de seda blanco me han hecho á mí!

Y la coqueta chiquilla palmoteaba alegremente.

CARTAS ILUSTRADAS


 por  que  ves  que  no  novedad.
 Ayer  tuve un gran disgusto en la  del  con
 fui:  al llamar  yo  á  de  de  de
 Luis,  llegó el echavado rayo,  y  de  de
 por  aquella  que  +  que  de  persona  fra  a
 del infierno.
 Yo  no  le  cont:  te  y  seguí  á  de  de  de  de  de  de  de
 blasen  con  go,  y  arcar  una  O  me  fué  a
 como  me
 Recibe un abrazo de tu amigo



—Por más—dijo de pronto poniéndose muy seria — que cuando mi mamá vea que hay una chica tan pobre en este colegio es fácil que me saque de él; además, á mí no me gusta rozarme con niñas tan pobrecillas... Gracias que mañana pienso pasar buen rato de risa. ¡Habrás que verte lo mona que vas á ir entre nosotras!

A la pobre Fuencisla se le llenaron los ojos de lágrimas, y entre sollozos le contestó:

—Es verdad; te reirás de mí; iré hecha una facha; pero qué me importa; voy á recibir á Dios en mi pecho; El no se ha de fijar en el traje; El no se reirá; por lo tanto, ¿qué me importa que te rías tú?

—¡Oh!, no, no se reirá, querida Fuencisla —dije yo abrazándola, y llena de indignación proseguí—. Tú irás de blanco á comulgar; ese es el color que te pertenece y debes llevar, puesto que lo mismo tienes el alma de limpia; tu vestido no será tan rico como el de Gloria; pero ¿qué te importa? Dios no se fija en eso, ni lo quiere; busca un alma pura y limpia donde no se alberguen sentimientos ruines. Ya veremos... ya veremos si va hecha una facha — terminé diciendo, y desafiando con la mirada á la orgullosa Gloria.

Nuestra discusión la cortó la voz de la directora, que nos llamó para confesar.

II

Cuando Fuencisla y yo, acompañadas de su mamá y mi familia, entramos en el templo, ya se hallaban en éste todas nuestras compañeras con sus papás y amigos.

Nuestra presencia causó gran admiración en todas ellas; pero más en Gloria, que con los ojos desmesuradamente abiertos miraba á Fuencisla, que con su vaporoso vestido blanco, sus hermosos cabellos sueltos y la guirnalda de flores en la cabeza, más parecía un ángel que una criatura humana.

Por fin terminó el solemne acto, en que

de dos en dos recibíamos de mano del sacerdote la Sagrada Forma.

Ya fuera de la iglesia, nuestras familias nos abrazaron con efusión, y todos los amigos nos daban la enhorabuena.

De pronto, la madre de Fuencisla, que se hallaba al lado de la mía, se adelantó hacia la profesora, y dijo con voz solemne:

—Señora, hay entre sus discípulas una niña que hoy merece más elogios que algunas otras: mi pobre hija no tenía traje blanco para comulgar, y ella se ha encargado de proporcionarle cuanto necesitaba. Ven, ven, querida niña; cuenta tú misma lo que has hecho —y abrazándome con cariño lloraba de satisfacción.

—Vaya, señora—interrumpí yo, separándome suavemente de sus brazos—. Mi acción no merece elogio; no merece que se cuente...

—Sí, sí, que se diga, que la cuente ella misma—gritaban alegremente todas las familias.

—Bien, señores; allá va: «Mi amiguita Fuencisla no tenía traje para comulgar; y ayer una condiscípula censuró el que no fuera de blanco como las demás, y se avergonzaba de tenerla de compañera. Yo pensé remediar la situación de mi amiga, y después de confesar me marché con presteza á casa; cuento á mis papás lo ocurrido; obtengo permiso para romper mi hucha y comprar con el contenido un vestido para Fuencisla. Pero cuál no sería mi sorpresa al encontrar en la hucha quince duros y no cinco como yo creía. Corrí á enseñárselos á mis papás, que se encargaron gustosos de comprar un traje y lo demás necesario para este acto. Esto es lo que he hecho y en lo que he invertido mis ahorros de un año, sintiendo más satisfacción que si los hubiese gastado en comprar dulces y juguetes.»

Al terminar de hablar todos me rodearon llenos de entusiasmo, disputándose mis besos. Todos menos Glorai, que se hallaba

avergonzada y confundida. Después de acariciarme todos los amigos y condiscípulas, me acerqué á mis amigas Gloria y Fuencisla, las cogí de una mano é hice que se abrazaran.

Gloria, arrepentidísima y llorando con desconsuelo, pidió perdón á Fuencisla por haberla ofendido, por lo que mereció el elogio de todo el mundo.

Desde aquel día Gloria, Fuencisla y yo somos íntimas amigas.

Los padres de Fuencisla están hoy ricos. Todos los años el día de la Ascensión reunimos nuestros fondos y regalamos un vestido blanco completo á una niña pobre.

Como véis, queridos niños, el orgullo no sirve para nada bueno.

Si alguno le tenéis, desechadle; aunque si leéis la instructiva Revista ROSA Y AZUL, es imposible que en vuestro corazón se alberguen esos sentimientos tan odiosos.

ENGRACIA IGLESIAS.



CUSTODIA DEL CORPUS.—Una de las mejores alhajas que posee el Excmo. Ayuntamiento de nuestra coronada villa, es la custodia que se lleva en la procesión general de este día, que, según la rúbrica, sale de la iglesia Catedral de San Isidro.

Consiste en un primer cuerpo de ocho columnas pareadas en los ángulos sobre pedestales, y son de orden corintio, con labores en los tercios inferiores y en los superiores, los cuales se reducen á festones, niños, figuritas y otras cosas ejecutadas con suma diligencia.

Forma un arco por cada lado, y tienen en su vuelta, y en las enjutas semejantes, otros adornos de

igual hechura. Sobre el cornisamento se ve en medio de cada fachada uno de los cuatro doctores de primera jerarquía: á los lados un jarroncito, con un ángel en el espacio, que aparece sentado. La bóveda que forma este primer cuerpo hace un artesonado con florones de exquisito gusto. El segundo cuerpo es un templecito redondo, en medio del cual se descubre la Ascensión: consta de ocho columnas de dos en dos, y sobre el cornisamento hay cuatro niños. Remata en un globo formado de los círculos celestes, sobre el cual hay puesta una cruz. Las columnas tienen labores á manera de las de abajo. Dentro de esta custodia grande hay otra más pequeña, que también consta de primero y segundo cuerpo, y de ocho columnas cada uno: las del primero son pareadas y de orden compuesto.

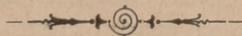
En los tableros del basamento se representan de bajo relieve la Cena de Jesús, el Lavatorio de pies á los discípulos, la Oración en el jardín de las Olivas y la Prisión del Divino Nazareno, y á más el Apostolado en los pedestales, así como en los de la custodia principal están expresados los profetas, las armas reales y el escudo de Madrid. En los cuatro ángulos de la custodia hay en cada uno un pedestal con un ángel arrodillado, mirando al sitio donde se colocaba el viril preciosísimo; los ángeles mencionados tienen unas tarjetas en que está escrito: *Caro mea verè est cibus et sanguis meus verè est potus*. El segundo cuerpo figura un templecito redondo con columnas de gusto salomónico, y dentro se representa la Resurrección del Señor.

Tienen otros tantos ornatos las referidas custodias, y todos están ejecutados con mucho arte y primor: el viril también estaba labrado con mucha inteligencia, en cuyo pie había esculpidos varios pasajes de la Historia Sagrada, y muchos genios angélicos alrededor del cerco, con multitud de diamantes, en donde se colocaba el *Santisimo Sacramento*.

Las custodias son de plata; sólo el viril era sobredorado: se nota la firma del autor de esta obra sublime, que fué *Francisco Alvarez, artífice platero de la reina*, sujeto digno de grata memoria. Terminó su labor el día 3 de Junio del año de 1568;

Lastimosamente fué despojada esta custodia hace pocos años de su riquísimo viril y de otras alhajas de que queda hecha ligera descripción; todo el vecindario de Madrid sabe la extracción de estas preciosidades, que, con gran sentimiento suyo, ha visto desaparecer del Alcázar de su Municipio.

M.



EN LO QUE PARAN LAS TRAVESURAS (Episodio de la Edad Media).



Al pajecillo de la condesa Eufemia se le ocurrió la diabólica idea de atarla el colgante del sombrero a la cola de su perro favorito; pero tanto apretó el nudo, que el perro comenzó a dar saltos, en uno de los cuales el sombrero cayó encima del pajecillo; y así, *prisionero de guerra*, le llevó el perro ante el gran Conde....., que le dió una azotaina de padre y muy señor mío, mientras le decía: «¡Anda, toma bromitas!»



CONVERTIR EN LÍQUIDO SIETE MONEDAS DE DIEZ CÉNTIMOS

Nos hallamos en una reunión. Como es costumbre, cada uno de los que á ella asisten ha dicho su chiste, ó ha hecho su juego de manos. Nosotros no hemos de ser menos. Vamos á proponer la conversión de siete monedas de diez céntimos en líquido.

—Eso es imposible—dirá un espectador.

—A menos que te traigan un alto horno para fundirlas—agregará otro.

—Nosotros diremos:

—Es posible, y sólo me hace falta un vaso grande y una servilleta.

En seguida pediremos á los espectadores las siete monedas, las depositaremos dentro del vaso y éste en la servilleta, que entregaremos á un caballero para que agite el todo; después diremos: «Ya empiezan á convertirse».

Como el ruido de las monedas siempre es igual, la gente se ríe de nosotros creyendo que hemos olvidado algo y el experimento no resulta.

—¡Esto marcha!—agregaremos, frotándonos las manos de alegría.

Pero como las monedas siempre suenan, la concurrencia ríe más y más, y alguno, que no puede contenerse, pregunta:

—¿Pero va á durar el juego toda la vida?

—No, señor; termina ahora mismo. Atención: ¡una!... ¡dos!... ¡tres!

Cuando hemos dado la última palmada, se presenta un amigo á quien habíamos encargado esta comisión, y nos entrega una bandeja con una botella de cerveza y tres vasos. Llenamos éstos y los apuramos hasta el fin; en seguida cogemos las siete monedas y las entregamos al que nos sirvió la cerveza, y decimos:

—He aquí cómo se han convertido en líquido siete monedas de diez céntimos.



Rosita Lluch. — Barcelona. — Me gusta mucho la novela en folletín, tanto por el contenido como por la forma de publicarla.

Antoñito López.—Ciudad Real.—¿Qué faltas pondría yo á la Revista para que publicasen mi juicio crítico en seguida? Por más que miro y aunque lo he consultado con mi papá, no encuentro nada que pedir.

Javier Buzón y Perona.—Madrid:

Apreciable Director:
de veras le felicito
por haber ya publicado
un folletín muy bonito.

Gregorio de la Vega.—Pravia:

Si obtener pudiera
para mí piano
una piececita
compuesta á dos manos,
mil gracias yo diera
con mucho entusiasmo,
y á ROSA Y AZUL
besara la mano.

Bernardo de Ledesma.—Avila. — Me gusta con toda mi alma ROSA Y AZUL; pero me gustaría más aún estanda las hojas en colores.

N. Morales.—Zaragoza.—ROSA Y AZUL me parece, para 15 céntimos, un poco cara; pues podía aumentar la Revista 5 céntimos más y poner, en lugar de 16, 32 páginas y sus portadas, en las cuales ya podría poner más extenso su folletín, sus pasatiempos, sus cuentos, sus historietas, etc., etc. En cuanto á las portadas, me gustarían más como anteriormente (distintas); y en cuanto á los folletines, dos diferentes en cada número en lugar de uno, y si pudiera, al acabar éste, del tamaño de la Revista todos los demás; también está mal hecho el poner los pasatiempos tan bonitos y la correspondencia en la hoja de anuncios para no poder encuadernarlos con la Revista; sin más, deseando todas estas mejoras, que bien nos hacen falta, y dándole las gracias anticipadas, le pido el aumento de 32 páginas en lugar de 16, aumentando el precio á 20 céntimos.



nocido otra vez. Pero entonces no hice

otra vez en camino llano. Entonces el viejo díjome las gracias, me palpó para ver quien era, y al tocar el pecho, exclamó contentísimo:

—¡Ah, es un cazador! Bravo cazador!—
y se marchó.
En aquel momento levantó los ojos, y veo en una ventana una muchacha que estaba mirándome. Apenas me vió, entróse dentro; pero la había sorprendido mirándome con aire muy cariñoso, con la cabeza un poco inclinada á un lado, como si dijese:—¡Oh, qué buen muchacho!—¡Oh, qué muchacha tan buena!—pensé yo, así que la vi. ¿No es verdad, señor coronel, que hay semblantes que nos hacen pensar así, que apenas los ha visto uno le inspira tan cariño? ¡Qué se yo! Parecen personas de casa, y hacen el efecto de haberlas co-

El segundo saltó también, pero tocó tierra con las rodillas. Salté yo, y plantéme á la

cosas bien claras. Ahora que estás tranquilo y sosegado un momento, cuéntamelo todo. Antes de las ocho no has de verla; ahora duerme; supongo que estará cansada de ayer, y después pasará algún rato antes de estar vestida para ir... Veamos, pues, y descúbreme el corazón, lo que es ella; ya sabes que no se te escapará...

El joven sonrió, se pasó dos ó tres veces las manos sobre las rodillas, púsose serio, después volvió á sonreír, y por último comenzó á hablar. El coronel apoyó el codo en la mesa y la barba en la mano, diciendo:

—Oigamos esas extraordinarias aventuras.

—Le diré lo que ha pasado, señor coronel; yo se lo contaré todo, y si lo hago mal, tenga la bondad de dispensarme. Estábamos de guarnición en Savillano dos batallones de cazadores, hacia fines del cincuenta y ocho, como sabe usted. La

ciudad no es fea; la gente buena para el soldado; había poco que hacer; yo estaba á gusto, y el tiempo pasaba que volaba, con dinero en el bolsillo, porque de casa me mandaban algo; los días que no estaba de servicio, apenas comía el rancho, iba á completarlo con una buena ensalada de lechuga en la cantina, y salía del cuartel más contento que unas pascuas. Lo's jefes hacían la vista gorda; yo llevaba un plumero así de largo; la ropa arreglada á mi medida, y no tenía mala facha. A aquellas horas de salida paseaba la ciudad de arriba á abajo, con cuatro ó cinco camaradas, casi siempre los mismos, ó íbamos á dar una vuelta por la huerta ó á echar un trago. Al salir del cuartel, llevaba casi siempre una rebanada de pan en la faldriquera, y la daba á uno de los pobres que estaban á la puerta, y las más veces á un chiquillo, que después le diré quién era. Y lo pasábamos bien, yo lo creo; y no tenía-

paso á paso, me vuelvo á encontrar en aquella calle. Casi tenía miedo de pasar adelante. Caminaba con tanto embarazo como si llevase enaguas. A cierta distancia, veo salir muchas jóvenes de aquella casa; me detengo, observo, y comprendo que debía ser una costurera. Tres ó cuatro se detienen en medio de la calle, y miran riendo á la puerta, como si aguardasen á alguien que no quería salir. Finalmente, sale otra muchacha. Era ella. Sale deprimida, y echa á andar calle abajo por la acera donde yo estaba, rozando la pared, con la cabeza baja, como si tuviese vergüenza. Las demás chicas la miraban y reían. Figuróseme que reían del modo como iba vestida: parecióme una pobre, y las otras, señoritas. Caminaba á pasos cortos, quizás porque no se le viesen los zapatos, pues noté que los llevaba rozados y rotos por la punta, y tenía la cara casi cubierta con el pañuelo que llevaba á la cabeza y que

mos que quejarnos de nadie ni de nada... ¡Ah, oiga ahora, señor coronel. Una hermosa tarde... ¡quién podría pensar que de cosas tan pequeñas... Aún me parece imposible. ¡Cierta tarde saigo solo del cuartel, las cinco. ¡Cierta que pasar por una calle, donde estaban obrando, y hallábase Ilena de montones de tierra y escombros, maderas y materiales, y albaniles que trabajaban. Al llegar al punto donde comenzaban los estorbos, veo un pobre que daba lástima, viejo, ciego, que cayendo y tropescando quería pasar y no podía. La gente miraba y no se movía. —Acompáñalo tú— dijo una mujer, desde una ventana, á un muchachuelo; el muchachuelo se encogió de hombros. —Pero ¿no habrá nadie que tenga un poco de caridad para ese pobre desgraciado?— preguntó la mujer. —Aquí estoy yo— contesté; y sin añadir palabra, tomé del brazo al viejo, y poco á poco, apartando

otra parte un paso más adelante que los otros, quedándose allí tan tieso como un huso. —¡Bravo! ¡Bien! ¡Valiente muchacho— dijeron por todas partes. Volvíme, y en medio de todos aquellos rostros que miraban, vi de nuevo aquella carita, la de la muchacha, algo inclinada á un lado y que sonría lo mismo, exactamente que la primera vez. Entonces sentí no sé qué... y el caso es que no la había podido ver bien, porque estaba medio escondida entre la gente. En toda aquella noche y la siguiente mañana no me la pude quitar de la cabeza. —¿Que le pasa al número 7 que está tan embobado?— gritaba el sargento en la plaza de armas. —Ahora mismo lo encierro. —Aquella frase *lo encierro*, hizo me temblar. Nunca había temido tanto permanecer recluso en el cuartel, y durante todo aquel día anduve más listo y ligero que el primer soldado del batallón. A la hora de costumbre saigo, y casi sin advertirlo,



E. Ayuso.—Madrid.—Envíe otra cosa. Esos acertijos ya eran viejos

Cuando Fernando VII
gastaba paletot.

N. Campa.—Idem.—Las tarjetas sólo son indispensables para los concursos. Puede enviar sus trabajos en la forma que guste.

R. Fernández Hornachuelos.—La carta no reúne condiciones.

M. Nerón.—Madrid.—¿Chulaperías? No, señor.

J. Mérida.—Idem.—Yo que usted escribo la carta en un papel de fumar. Hágala en condiciones.

M. Lancho.—Idem.—Ha llegado usted en buena hora. Publicaré todo.

Señorita Isabel Cappús.—Yo no puedo responder de los pasatiempos que me envían, porque tendría que ser una enciclopedia; pero tengo sumo placer en hacer constar que el jeroglífico *Guantes de punto* es original de Novejarque; el de *Sobremesa*, de Suárez, y la charada *Pez*, de Echegaray. Y ahora

que los remitentes
se las compongan con él.

De los suyos publicaré uno.

María León.—Madrid.—Muy bien interpretada la carta.

F. Guijosa.—San Sebastián.—Se publicarán.

J. Vaamonde.—Coruña.—Acertó usted todos.

D. G. y Leal.—Miranda.—Admitido.

Jorge Rodríguez.—Valencia.—¡Pues no sabía yo que usted reformaba á Dumas! Envíe cosas originales.

Francisco García, Celia Correal y Manolita Robles.—Acertaron ustedes.

J. Tirado.—León.—Usted es el cuchillo, yo la carne; corte por donde quiera; pero aunque dedicásemos dos números enteritos á pasatiempos, no podría dar salida á los que tengo en cartera.



JEROGLÍFICO por L. Bustos:

T tela E

TRIÁNGULO por M. Moncó:



1.º, para escribir y envolver; 2.º, dueñas de algo; 3.º, para nuestro alimento; 4.º, tiempo de verbo, y 5.º, consonante.

ADIVINANZA por L. Ordoño:

¿Quién fué el padre de los hijos de cuatro letras?

JEROGLÍFICO por J. Socastro:

K K K I negación

CUADRADO por L. Uguina:



Sustituíd los puntos por letras, de modo que leídas horizontal y verticalmente obtengáis: 1.º, obra dramática; 2.º, la baraja; 3.º, flor, y 4.º, verbo.

SOLUCIONES

A las tarjetas por Gil Farrán: ESTANISLAO MAESTRE y MARINA.—Al jeroglífico por L. Ordoño: MARCELO.—A la charada por J. N. Roselló: DOM. NGO.—A la adivinanza por E. Lasala: EN QUE NINGUNO ESPERA.—A la charada por M. Frailé: PATO.—Al jeroglífico por J. Muñoz: ENCUBETAR.

PARA LOS NO SUSCRIPTORES

Cupón regalo núm. 7.

ROSA Y AZUL

(Todo para niños)

Jardines, núm. 15

MADRID

La presentación de 52 cupones con la numeración correlativa da derecho á un magnífico mapa de España.



FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Los señores Maestros y Libreros obtendrán descuentos proporcionados al importe del pedido.

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID

de tan brillantes resultados

y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Rudimentos de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

CATECISMO

RIPALDA Ó ASTETE

	Precio neto del roo.
Litografía en negro.....	3 ptas.
Negro y plata.....	3 »
Cromo con oro.....	3 »
Cartoné negro y plata.....	6 »
Lujo tapas doradas.....	7 »

Pidan tarifas de precios y condiciones al depósito general del *Método de lectura El siglo de los niños*, calle de Jardines, 15, Madrid, Sra. Hija de Gómez Tutor.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedias, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la *Papilla* en polvo, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto. Desconfíen de las imitaciones, porque la

verdadera *Papilla*, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
 San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)

SASTRERIA EL INFANTE NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



Trajés dril, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5 »
Gergas y estambres..	10 »
Piqués superiores....	8 »
Alpacas elegantes...	15 »

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

PREMIOS PARA NIÑOS

Preciosos tomos con bonitas ilustraciones y elegante encuadernación con oro.

Tamaño grande.....	0,75 pesetas.
Idem pequeño.....	0,50 —

Los pedidos, acompañados de su importe, á la Sra. Hija de Gómez Tutor, Jardines, 15, Madrid.